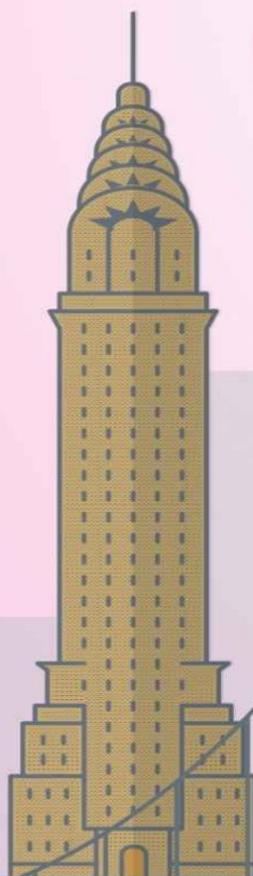




EVA RIVER



El amor
está en las
ALTURAS



RELATO

TENÍAS QUE SER TÚ

EVA RIVER

© Eva River, 2018

Todos los derechos reservados.

CAPÍTULO 1

—¿Estás bien? —pregunta el tipo que está a mi lado.

Al menos creo que es un hombre; no estoy demasiado segura, su voz es muy baja. Y hay demasiadas personas aquí dentro.

Se me hace imposible levantar la vista del suelo para asegurarme. Sin embargo, lo que sí puedo ver son unos pantalones cortos de color canela y unas piernas bastante musculosas y peludas, así que sí, parece que es un hombre.

Aunque, para ser sincera, he conocido a más de una mujer con las piernas así de peludas.

Su voz vuelve a sonar y me repite la pregunta.

¿Estoy bien? Es una buena pregunta... y una difícil, por cierto.

Pero aquí está la respuesta corta: no.

Por Dios, estoy metida en esta pequeña trampa mortal que llaman elevador. ¿Quién inventó esta porquería? ¡Subir las escaleras es saludable para el corazón! ¡El mundo no necesitaba estos inventos mortales! Joder, una minúscula caja que en cualquier momento puede caer en picado hasta el fondo del edificio.

¿Y que si estoy bien? Si pudiera pondría los ojos en blanco. Por si el tipo no lo ha visto estoy agarrada a la barandilla como si ella y yo fuéramos una sola, cagada de miedo, y a dos pasos de la histeria; imaginando cómo caemos en apenas segundos y morimos salpicados por la sangre de los demás. Sí, señor, porque dudo que mi agarre haga algo para ayudarme a sobrevivir al choque.

«A ver, Allie, me digo a mí misma, podrías dejar de pensar cosas horribles».

El elevador da una sacudida y se me escapa un chillido que envidiarían las almas más negras del infierno. No lo puedo evitar, comienzo a hiperventilar. ¿Qué fue lo que dijo Google que debía hacer? Gritar, gritar, gritar. Ok, no, no dijo eso.

Lo recuerdo un segundo antes de entrar en pánico.

Miro a mi alrededor y encuentro cinco cosas que puedo ver, cuatro cosas que puedo tocar, tres cosas que puedo oír, dos cosas que puedo oler y una que puedo saborear.

¿Es en serio? Mi cerebro no puede procesar todo eso y encima lo de mi muerte... Quizá si solo me enfoco en una parte... Si solo me concentro en la mitad, tal vez apenas tenga medio ataque de pánico. Totalmente lógico. Matemática pura y dura. Está bien, entonces mmm... dos cosas que puedo oler. Eso es fácil: olor corporal, y no del bueno precisamente. Bien, casi puedo sentirme orgullosa de mí. Mmm, continuo... ¿una cosa que puedo saborear?: mi propia bilis.

Ay joder, joder. Esto no está funcionando. No puedo medio tener un ataque de pánico.

—¿Puedes escucharme? ¿Estás bien? —vuelve a preguntarme pantalones cortos.

—¿Eh?

Alzo la mirada lentamente y entonces vuelvo a mi ejercicio. Cosas que puedo ver, tocar, saborear... Unas piernas fuertes y un torso bastante largo, una mandíbula fuerte y agradable con un poco de barba... Cuando llego a su rostro un par de intensos ojos cafés me miran fijamente. Sí, este sí que es un hombre. Y uno muy guapo, en realidad, que parece preocupado por mí.

Y debería estarlo, porque es probable que vomite en sus chanclas de cuero en cualquier momento.

Ay, pero antes necesito mirar un poquito más sus ojos del color del chocolate y bordeados por pequeñas motitas de oro. Nunca he visto unos ojos así en mis largos veinticuatro años. Son el tipo de ojos que te hacen pensar en una casita en un barrio seguro, minivans y bebés regordetes. Ains...

Mis hormonas hacía mucho que no se veían estimuladas así.

—¿Estás bien? —pregunta por cuarta vez esta belleza de ojazos cafés.

Su mirada se torna más preocupada a cada segundo. Mientras tanto yo estoy comiéndomelo. Rachel se burlaría de mí si estuviera aquí.

Por supuesto, si Rachel estuviera aquí, entonces yo no estaría y nada de esto estaría sucediendo.

Me aclaro la garganta y miro hacia otro lado, de vuelta al piso.

—Creo que estoy a punto de tener un ataque de pánico —digo finalmente.

Alguien entre todo este montón de gente se ríe. Levanto la vista del suelo para asegurarme de que no sea él y descubro que no lo fue.

—¿Un ataque de pánico? —repite, levantando las comisuras de su boca.

¿Se está burlando de mí? Porque si es así sé exactamente dónde enfocar mi ataque...

—Sí —digo, recordando respirar lentamente.

Según Google las respiraciones lentas y profundas ayudan, pero claro Google es un gran mentiroso.

Cierro los ojos con fuerza.

¿Cómo puede un viaje de dos minutos sentirse como una eternidad?

—Ah —dice con un aire a lo Sherlock en su voz, como si juntara todas las pistas—. Claustrofobia.

—Por supuesto que no soy claustrofóbica.

¿O sí?

—¿Acrofobia?

—No le tengo miedo a las arañas —respondo, poniendo los ojos en blanco.

Él se ríe, sin verse afectado por mi gesto tan educado.

—La acrofobia es el miedo a las alturas.

Ah, eso. Bueno, pues sí. Le tengo miedo a las alturas y también me

asustan los elevadores y las multitudes... Sin embargo, no voy a decirle esto.

Él se preguntaría entonces por qué estoy aquí. Un espacio pequeño, lleno de gente y muy alto. Vamos, el lugar menos indicado para mí.

El elevador hace un extraño movimiento de sacudidas y yo me aprieto aún más a la barandilla cerrando los ojos otra vez. Tal vez si los cierro lo suficientemente fuerte, puedo conseguir alejarme de esta situación.

«No hay lugar como el hogar. No hay lugar como el hogar».

—Oye —dice él con su voz suave—. Ya casi llegamos.

Entonces pone una mano sobre mi hombro.

Normalmente daría un salto de rechazo y me alejaría reservando mi espacio personal, no me gusta el contacto con extraños, no soy una persona sensible, ni siquiera con las personas que conozco de toda vida; pero por alguna razón su tacto se siente... no tan terrible. Mis hormonas deben de estar de acuerdo.

—Sí, sé que ya casi llegamos —digo, abriendo los ojos y mirando hacia arriba—. Pero tengo que subirme a otro elevador y subir aún más.

—Ah. —Asiente despacio, rítmicamente. Retira su mano y extrañamente deseo que su contacto vuelva—. Así que vas a la cima.

—Solo pienso hacer esto una vez en mi vida. Así que me gustaría poder hacerlo bien.

El elevador emite un sonido y un segundo más tarde se detiene.

«Dios te salve, María, llena de gracia... ¡sobreviví!» Y lo hice sin vomitar o hacer el ridículo. Bueno, está bien, hice un poco el ridículo, pero podría haber sido mucho peor. Como caer en picado directo a mi muerte.

Las puertas se abren y de un salto me salgo del elevador, lista para empujar a cualquiera que se interponga en mi camino. Afortunadamente me dejan pasar de primera. No hago contacto visual con nadie cuando me voy, porque estoy bastante segura de que sé lo que vería allí: puras caras de «ella está loca».

Sin siquiera echar un vistazo a las ventanas o a la gente en la plataforma de observación camino al siguiente elevador y hago cola. Y, por cierto, esta es bastante larga. Normalmente odio las colas largas como casi cualquier otro ser humano, pero hoy no me importa tanto. Me está dando un

poco de tiempo para calmarme. Aunque a este punto, creo que algo sintético haría el trabajo mejor. Éxtasis, LSD..., anestesia.

Afortunadamente, este viaje en elevador es un mucho más corto. Google dijo que treinta y seis segundos. Si tarda más juro que lo demandaré.

Me pongo detrás de un hombre bastante grande. Realmente espero que me toque en un elevador diferente al suyo. ¡Y sé que parezco una persona horrible! Pero maldición, no quiero estar en un elevador que esté al límite del peso que puede cargar. Cuando avanza la cola me doy cuenta que desde aquí no puedo mirar hasta dónde he llegado. Mientras todos suben para mirar Manhattan desde lo alto, yo estoy feliz de que no puedo verla y por lo tanto puedo fingir que no estoy sobre ella. Me relajo un poco.

Al menos ahora consigo mantener mi respiración bajo control.

—¿Sabía que el Empire State Building es el quinto edificio más alto de los Estados Unidos? —dice una voz a través de una pantalla frente a mí.

Oh, Dios mío, creo que me estoy enfermado de nuevo. ¿Por qué estoy haciendo esto? Ok. Por Rachel. Rachel. Quien nunca llegará a ver la ciudad desde lo más alto, quien nunca pudo hacer todas las locuras que soñó.

A veces me pregunto si realmente quería que yo hiciera esto... Lo juro, esta lista de cosas por hacer que hizo para mí no puede tener otro objetivo más que burlarse de mí. Y quizá lo esté haciendo ahora mismo, desde una nube en el cielo (así es como me gusta imaginarla, al menos). Probablemente fue su plan todo el tiempo. Quizá temía que el cielo fuera aburrido y para prevenirlo consiguió que yo siguiera divirtiéndola desde acá. Ella era así de astuta.

Suspiro. Sea como sea, una promesa es una promesa. Y puedo ser un montón de cosas, pero no rompo mis promesas. Acrofóbica, claustrofóbica, agorafóbica, sí. Pero «promesofóbica» no.

—No olvides la lista —me había dicho Rachel con su respiración entrecortada y los párpados cerrados.

—No lo haré —dije, dándole un pequeño apretón de manos, intentando contener las lágrimas que querían salir.

Necesitaba ser fuerte para ella. Y ahora necesito serlo para mí

porque Rachel ya no está.

La lista era un puñado de cosas que Rachel siempre quiso hacer, pero que no pudo. Traté de no pensar en todo eso cuando me senté junto a ella y su vida se apagó.

—Allie —había dicho.

—¿Sí? —pregunté, inclinándome para poder escucharla.

Estaba tan callada, tan frágil.

—Arriésgate... él... tu oportunidad...

Esas fueron sus últimas palabras para mí. He pensado en esas palabras cada día desde que se fue y aún no consigo descifrar qué fue exactamente lo que intentó decirme. Quizás quiso decir «arriésgate con la vida», lo que tendría mucho sentido.

Pero lo cierto es que ella estaba muriendo y sus palabras quizá solo eran al azar y pensar en ellas como palabras coherentes solo es perder el tiempo. O también podría haberlo dicho a propósito, sabiendo que me pasaría el resto de mis días tratando de descubrir su mensaje críptico. Eso sería tan Rachel.

—Entonces eres una virgen del Empire State Building —dice una voz masculina detrás de mí.

Doy un respingo y me llevo la mano al corazón.

—¡Lo siento! —dice el chico de ojos marrones, con las manos en alto y las palmas hacia afuera como si se declarara culpable—. No debería haberte sorprendido así. Dispara, me lo merezco —continúa.

¿Disparar? Este hombre no es de por aquí, definitivamente.

—No te preocupes —le digo y empiezo a girarme.

Realmente no quiero tener una conversación y socializar con nadie, aunque mirar fijamente sus ojos de chocolate parezca relajante y todo eso. Creo que he hecho suficiente ridículo por un día.

—¿Es tu primera vez en la ciudad? —pregunta.

Claramente no sabe leer mi lenguaje corporal. Suspiro, agotada.

—Oh, no, no es mi primera vez.

Me giro para mirarlo.

—Pero sí es tu primera vez en el Empire State Building.

—Sí —le digo, manteniendo mis respuestas simples.

Lo simple es bueno, ¿no?

—Es mi primera vez también —dice, metiéndose las manos en los bolsillos de los pantalones cortos—. También es mi primera vez en la ciudad.

Asiento con la cabeza, sin decir nada. Como una idiota. Mis hormonas, que habían comenzado a burbujear apenas el tipo de ojos marrones reapareció, suspiran con desilusión.

—¿No quieres ir al observatorio de este piso antes de subir

—No —niego con la cabeza—. Dudo que pueda sobrevivir a una crisis nerviosa si lo hago. ¿Y tú no quieres?

—No quiero arruinar la sorpresa. Prefiero ver la vista por primera vez desde la plataforma más alta —dice.

La gente continúa avanzando en la cola así que me doy la vuelta y los sigo dando unos pasos para alcanzarlos. Cada paso me acerca más a tachar algo en la lista de deseos de Rachel. No puedo creer que me haya tomado tanto tiempo hacer algo de la lista. Una miedosa es lo que soy.

Ella debería habérselo pedido a alguien más. Solo que no había nadie más a quien pedirselo.

Mis padres son iguales o peores que yo.

—Entonces, ¿cuántas veces has estado en la ciudad? —pregunta él detrás de mí.

Supongo que no se da por vencido conmigo. Sinceramente, estoy sorprendida de que aún no se haya asustado.

—Realmente no lo sé —contesto—. Bastantes veces. Crecí a unas tres horas de aquí.

—¿En serio?

Me toma por los hombros y me gira, sus ojos me devuelven una mirada sorprendida como si no me creyera.

Tal vez hoy no parezco una neoyorkina con mis pantalones cortos

recortados, una camiseta fina, zapatillas de tela y un bolso negro cruzado sobre mi hombro izquierdo; pero mi objetivo era la comodidad. Necesitaba algo lo suficientemente cómodo como para escapar de este edificio lo más rápido que pudiera si es que llegaba a ser necesario.

—Si —digo—. Nací y me cría aquí.

—Una neoyorquina...

Menea la cabeza hacia mí, con una pequeña sonrisa en los labios.

Parte de su cabello castaño y liso cae sobre sus ojos, él lo empuja hacia atrás con la mano. Su cabello es oscuro. Más oscuro que el mío... más oscuro que el de Rachel.

—Entonces, ¿qué te hizo venir hoy si odias las alturas? —pregunta mientras avanzamos en la cola, caminando uno al lado del otro.

—Solo estoy probando algo nuevo.

Me encojo de hombros.

Me mira por unos segundos como si intentara leer entre líneas lo que estoy diciendo o lo que intento ocultar. Aunque dudo que pudiera siquiera sospechar mis verdaderas razones. La promesa, la lista de deseos, Rachel... A menos que pueda leer mi mente, claro; en cuyo caso espero que esté disfrutando la visita al cerebro de una loca.

—Entiendo —dice finalmente.

—Y a ti, ¿qué te trae por aquí?

Ahora quiero continuar la conversación porque me ayuda a pasar el tiempo y también me impide pensar en lo que se avecina.

—Hago una escala en la ciudad, voy a Londres —dice—. Pero me voy hasta mañana, así que decidí hacer algo de turismo.

—¿Trabajar o placer?

—Ambos, en realidad.

Asiento.

—¿Vas solo?

—Solo con mi soledad —bromea.

Cada vez estamos más cerca de los elevadores. Ahora las puertas

están en mi línea de visión. Empiezo a sentir que mi ritmo cardíaco aumenta de nuevo y la habitación de repente está 50 grados más caliente.

¿Por qué Rachel quería que subiera hasta la cima?

Si me quedara en este piso, el 86, podría mirar la ciudad desde esta plataforma y eso debería contar. En un minuto estaría abajo con los pies sobre tierra firme.

—Me llamo Ethan —se presenta tendiéndome la mano.

—Allie —respondo, pero no le ofrezcas mi mano.

Y no me juzgues, por Dios es que tengo las manos empapadas de sudor. No estoy segura de si es raro limpiármelas.

Sus labios se levantan en una media sonrisa, su mano todavía está extendida.

—No muerdo.

—Oh, claro. Mmm... Es que estoy nerviosa y eso y mis manos están... sudando... —Sonrió torpemente, él no retira la mano—. Ok, no digas que no te lo advertí.

Estrecho su mano y siento con horror como la humedad de mi mano hace que el saludo sea pegajoso. Siento mi cara arder.

Su mano se siente cálida en la mía y su apretón es fuerte, genuino. No es uno de esos apretones de manos que se dan por puro hábito, inconscientemente.

Y ahí van mis hormonas de nuevo.

Mi pulso ya acelerado se agita un poquito bastante más.

—Oh sí, tienes razón. Estás toda sudada —dice, apartando su mano de la mía.

Su rostro se contorsiona con una expresión de asco mientras se limpia la mano rápidamente en los pantalones.

—¡L-lo s-siento! —tartamudeo, secándome las manos también y sintiéndome completamente repulsiva—. Te advertí.

CAPÍTULO 2

—Ja, ja, ja. No te preocupes, solo bromeo —dice él cuando ve mi cara de horror.

Una sonrisa se extiende por su rostro.

—¿Qué? —Lo fulmino con los ojos—. Eres imbécil, ¿cierto?
—Replico, seria.

El abre los ojos como platos.

—Perdona, no pensé que...

Intento mantener mi gesto serio, pero se me escapa una risita.

—Ja, yo también sé bromear, turista.

El arquea una ceja y después ríe conmigo.

Entonces la cola avanza un metro y mi sonrisa se disipa.

Oh, Dios...

Ethan se aclara la garganta, mis ojos se alejan de los elevadores y regresan a su rostro.

Sí, debería centrarme en esta cara. Es tan guapo... no los hacen así de bien en Nueva York, al menos no en mi ciudad.

—¿En qué se parecen una gata y una escopeta? —dice, muy serio.

He escuchado esto antes...

—¡En que las dos tienes gatillos! —agrega antes de que yo pueda recordar la respuesta.

—Oh, cielos... Cuentas chistes peores que los de mi padre.

Le frunzo el ceño.

Él se ríe, su cabeza se inclina hacia atrás mientras lo hace. Tiene

una de esas risas contagiosas. Al final termino haciendo lo mismo, no por el chiste, si no por su risa.

—No estaba tan malo —se defiende. Yo arqueo la ceja—. Bueno, sí, pero te has reído.

—Lo hice por compasión. No quería que parecieras el peor comediante del mundo.

—Ah, ¿sí?

—Sí

—Podría contarte más...

—Oh, por favor noooo —le digo, mientras mis labios traidores sonrían.

Nos quedamos mirándonos fijamente. Como si fuera un hechizo.

Pero como los hechizos se rompen una voz suena muy cerca:

—¡Siguiente!

Miro la cola y me doy cuenta que es nuestro turno. Un escalofrío me baja por la espalda.

—¿Estás lista? —pregunta Ethan.

—Mmm...

—¡Siguiente! —grita la mujer de nuevo.

—Estoy aquí, te ayudaré a estar tranquila.

Pone su mano en la parte baja de mi espalda y me guía hasta las puertas del elevador.

Ni siquiera me había dado cuenta de que habíamos llegado tan cerca, sus bromas tontas me habían distraído por completo.

—Gracias —digo mientras ingresamos al elevador.

—De nada.

El lugar se siente frío.

No puedo creer en nada de lo que está pasando. He cruzado todos mis límites personales.

Un hombre con un chaleco rojo entra al elevador y una vez que las

puertas del elevador se cierran él desliza una reja de metal.

—¿Qué pasa? —murmuro en voz baja.

—Este elevador tiene un asistente —contesta Ethan—. Lo leí en línea en la guía.

—¿Por qué nos encierran dos veces? —pregunto.

Debe haber una razón para estas precauciones adicionales... Realmente desearía poder regresar ahora mismo, estoy arrepentida, esto ha sido una estupidez.

¿Llamarían a seguridad si grito como una loca hasta que abran las puertas? Probablemente.

—Bien, la próxima parada será dos pisos más arriba —dice el asistente, como si hubiera hecho esto un millón de veces. Bueno, probablemente así sea—. Hacia la izquierda —continúa— podemos ver a cuántos metros nos encontramos. Ahora estamos a trescientos ochenta y un metros.

Se me escapa un gemido lastimero. Lo sé porque la mayoría de los ojos en el elevador se vuelven hacia mí con expresión de «qué le pasa a esta».

El empleado sigue hablando de cosas horribles, pero ya no entiendo lo que dice. Ni siquiera puedo concentrarme. El mundo a mi alrededor, bueno, la caja, parece estar girando sin control.

—¿Sabes en qué se parecen una abeja y un elevador? —susurra Ethan a mi oído.

En este momento estoy conteniendo la respiración con todas mis fuerzas, así que no puedo decir nada. Solo me limito a negar sacudiendo la cabeza.

—¡En que van de *floor* en *floor* (*piso en inglés**)!

Oh, Dios...

—Ese fue peor, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Malísimo —contesto, con una voz tan chillona que parece de alguna caricatura.

De pronto el elevador emite ese sonido de gloria que indica que el trayecto ha acabado. No estoy segura de cómo lo hizo Ethan, pero sobreviví sin hacer ningún ridículo. Un avance, vamos.

Tal vez debería invitarlo a un café después de esto. O pedirle que engendre a mis hijos porque él claramente me entiende. Bueno, al menos la parte fóbica que hay en mí. Aunque no estoy segura de atreverme a invitarlo. Demasiada audacia por un día, no sé si tenga el valor.

El asistente abre la reja y las puertas del elevador. A diferencia de la última vez, cuando me aseguré de ser la primera en salir, descubro que no esta vez no es tan fácil. Oh Dios mío... me siento atrapada entre la gente...

Cagada de miedo doy un paso afuera. Siento a Ethan justo detrás de mí. Veo que este piso es mucho más pequeño que el ochenta y seis. Intento relajarme, ya estoy aquí. He llegado a la meta, las puedo arañar con mis uñas color lavanda... Todo lo que tengo que hacer es caminar hacia las ventanas gigantes y mirar hacia abajo. Eso es todo.

Nada del otro mundo.

Ethan pone su mano en mi espalda para ayudarme a guiarme, pero estoy como plantada al piso. No puedo dar ni un paso. Mi corazón está bombeando con rapidez, me siento demasiado caliente y demasiado fría al mismo tiempo. El frío entra a través de mi piel húmeda por el sudor.

Me siento mareada y mis manos sudan mucho más que al principio. Pero, sobre todo, me siento agotada. Es como si toda mi energía se hubiera esfumado aquí y ahora que lo pienso... no sé si puedo hacerlo. Maldición, solo son dos metros. Un vistazo y ya...

—Oye —dice Ethan, ubicándose frente a mí—, ¿qué pasa?

No digo nada.

No me muevo.

Estoy atascada.

¡No puedo hacer esto!

—¿Qué crees que pasará si miras abajo? —me pregunta Ethan, poniendo una mano sobre mi brazo para poder guiarme fuera de las puertas del elevador, ya que las estaba bloqueando sin darme cuenta.

Lentamente me muevo hacia la pared junto al elevador y me apoyó

contra ella, deseando no desmayarme. O vomitar. O ambos.

Respiro profundamnete un par de veces antes de responderle.

—Creo que me caeré.

—Eso es muy poco probable...

—No dije que fuera racional —respondo.

—Bien.

Pasa una mano por mi cabello como si no supiera de qué tra forma ayudarme.

—No creo que pueda hacer esto —digo, sintiendo cómo se humedecen mis ojos y las lágrimas me emborronan la vista.

Oh sí, perfecto. Agreguemos bebé llorona a mi lista de ridiculeces. Simplemente perfecto.

Ethan se frota la parte posterior del cuello con la mano. Puedo verlo tratando de encontrar algo que decir, algunas palabras para convencerme. Pero me conozco y sé que aunque encontrara las palabras perfectas no podría convencerme.

Una lágrima se me escapa por fin y viaja a lo largo de mi rostro, cayendo por en mi cuello. Otra le sigue.

Realmente odio llorar, pero esto me supera... Le he fallado a Rachel. Rompí una promesa. Y si no puedo hacer esta única cosa, la más fácil de su lista, ¿cómo podré hacer las otras? Bien, podría renunciar ahora.

—Voy a bajar —le digo, mirando hacia el piso, esperando que él no vea las lágrimas—. Fue un placer conocerte.

Me gustaría una mirar sus ojos una vez más, pero no me atrevo.

Me aparto lentamente de la pared y me dirijo hasta él. Las puertas se abren y otro grupo de gente sale. Un puñado de personas que sí son capaces de echar un vistazo a la ciudad y disfrutar de ello. Gente que sí es valiente.

Miro al asistente y él mira mi cara surcada de lágrimas, luego me dirige una sonrisa comprensiva y eso me hace sentir un chispazo de tranquilidad. Con una mano y una palmadita en la espalda me hace pasar al elevador. Supongo que tiene experiencia con personas como yo.

Me coloco en la esquina agarrándome fuerte de la barandilla. Esta vez, no estoy tan asustada, la decepción supera cualquier otra emoción.

Otras personas suben al elevador conmigo. Buenas cosas, es una etiqueta de elevador para las personas darse la vuelta y mirar hacia la puerta para que no puedan ver las lágrimas que fluyen por mi rostro con bastante rapidez ahora.

Las puertas comienzan a cerrarse, pero de repente se abren nuevamente.

—Caballero, no puede pasar el elevador ya está en su máxima capacidad —dice el hombre a alguien.

—Tengo que bajar —dice Ethan con su voz intensa.

Mi mirada se clava en las puertas y entonces lo veo entrando al elevador. Ni siquiera me había dado cuenta de que este ya estaba casi lleno de personas, me quedo con la boca abierta y los ojos puestos en Ethan.

El asistente no parece feliz, pero tampoco le impide pasar.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto mientras se une a mí en la esquina trasera.

—Regresar contigo —dice.

—Pero ... ¿no quieres mirar?

—Ya lo hice.

—¿Por un milisegundo?

—Fue suficiente.

—Ethan —digo su nombre de la misma forma en la que mi madre dice el mío cuando sabe que estoy mintiendo.

—Mira —dice con sus ojos clavados en los míos—. Vi la ciudad; edificios, el parque... una ciudad simplemente y ahora voy a bajar. Además, estoy bastante seguro de que me debes un café por haberte traído hasta aquí.

—¿Ah sí?

—Sí. Son las reglas de la cortesía.

Dejo escapar un largo suspiro. Por un lado, podría irme a casa y

descansar de esta porquería de día. Por otro lado, un café con un extraño definitivamente está fuera de mi zona de confort y realmente me arriesgaría... Mmm eso es lo que Rachel quería que hiciera, ¿no?

Sin embargo, por otro lado, ¿qué pasa si detrás de esos increíbles ojos chocolate se esconde el corazón de un asesino en serie?

Él realmente no lo parece, pero eso es lo que pasa con los asesinos en serie.

—Está bien —digo—. Pero solo si no eres un asesino en serie.

—Lo soy —responde—. Pero solo los martes.

A pesar de todo... sonrío.

—Gracias a Dios es sábado.

CAPÍTULO 3

—Quiero ayudarte —me dice Ethan desde el otro lado de la mesa.

Estamos en una cafetería de la ciudad.

Él solo toma café, yo además pedí una rebanada de pastel porque en momentos de crisis el dulce es mi mejor amigo.

—¿Ayudarme? ¿Con qué?

—Con tu miedo a las alturas.

—¿Eres un profesional?

Maldición.

Claro, con razón está tan interesado en mí. Me ve como un conejillo de indias o algo por el estilo... sabía que este interés y tanta bondad no podían ser reales.

Aunque, ¿quién soy yo para quejarme si me ofrecen terapia gratuita? Eso es lo que está ofreciendo, ¿no? A menos de que planeo cobrarme, lo cual sería un poco raro... pero, aun así podría considerarlo. No es como que yo esté muy sana mentalmente, siendo sincera.

—Bueno... pues no. Soy consultor de tecnologías de información —dice.

Entonces no es un terapeuta...

¿Es normal que esté un poco decepcionada?

Ay quién me entiende...

—Gracias, Ethan, pero realmente no hay nada que puedas hacer para ayudarme. Aparte de lo que ya hiciste, claro.

Tomo un sorbo de café y siento su calor bajar por mi garganta.

—No según Google —dice levantando la ceja.

—Google no tiene un título en psicología y creo que eso es lo que necesito exactamente.

Él se ríe de eso.

—Pero algunas de las personas que publican en Google sí tienen títulos. O podrían ser un montón de farsantes.

—Farsantes. Esa es una buena forma de describir la internet.

—De todos modos, tengo un plan —dice.

Tiene un brillo en los ojos. O tal vez es una pincelada de travesura. Sería imposible saberlo tomando en cuenta que apenas tengo una hora de conocerlo.

—No sé —contesto y luego muerdo el interior de mis mejillas. Un hábito que he intentado dejar, pero no puedo—. ¿Acaso no pensabas hacer turismo? Solo tienes un día, ¿por qué querrías gastarlo tratando de ayudarme con mi miedo a las alturas?

—Simplemente me gustaría hacerlo. De todos modos, podemos combinarlo. Tengo una lista de lugares que me gustaría conocer y podrías acompañarme mientras te ayudo. Prometo que no hay callejones oscuros —dice, levantando las manos con las palmas hacia mí.

—Creo que estás loco. Quizá necesitas más ayuda que yo.

—Tal vez. Pero no creo que sea nada descabellado, más bien siento que es una buena idea. Estoy aquí... solo... visitando una gran ciudad... Y tú —me hace un gesto con la mano— pareces ser una buena guía turística. Además, tengo otros cuantos chistes malos que podría contarte...

—¿Tienes más?

—Un montón. Puedes apostararlo.

Lo miro con atención, como si intentara escanearlo y acceder a su cerebro. No conozco a este tipo de nada. Incluso tomar un simple café con él es una conducta irresponsable, estoy empezando a preguntarme si la altitud del Empire State Building me terminó de joderme el cerebro y por eso estoy aquí con un total desconocido. Y al mismo tiempo siento una extraña conexión con él. Como si lo hubiera conocido antes.

Sacudo la cabeza, solo fue que pasé un momento muy traumático de mi vida con él y fue la única persona que se preocupó por mí... Me

pregunto si experimentar trauma con alguien te une.

—No sé —digo de nuevo.

—¿Qué tal si nos arriesgamos?

«Arriésgate» había dicho Rachel.

Siento una brisa fresca envolver mi cuerpo. ¿Acaso su fantasma está aquí? Ella prometió perseguirme después de su muerte... obviamente no creí que fuera en serio.

—¿Cuál es tu apellido? —pregunto, como si eso tuviera demasiado sentido y me ayudara a saber si estoy frente a un psicópata.

—Sanders. ¿El tuyo?

—Parker.

—Allie Parker —dice y luego extiende una mano sobre la mesa—. Encantado de conocerte. Oficialmente.

—Ethan Sanders —contesto mientras le estrecho la mano, esta vez no está sudada—. Mucho gusto. Oficialmente.

—Entonces, Allie Parker, ¿cuál es tu discurso de presentación? —pregunta. Yo comienzo a toser—. Lo siento, mala elección de palabras. Eh... Cuéntame sobre ti en treinta segundos. Ya sabes, como si aún estuviéramos en el elevador y solo tuvieras ese momento para presentarte.

—¿Quieres saber algo distinto a que estoy completamente desequilibrada?

—Bueno, eso puedes omitirlo. Ya lo sé...

Hay una pequeña sonrisa en su rostro y hace que se vea aún más guapo.

—Oh, es que tengo tantas cosas interesantes que decir de mí que no sé ni por dónde empezar —digo, rezumando sarcasmo.

—Definitivamente te ves hermosa cuando estás enloqueciendo.

Siento que me sonrojo al instante.

—Mmm... Bueno, pues... algo bueno tenía que tener —bromeo.

Él estudia mi cara mientras sonrío.

—Anda, me gustaría saber más de ti.

—Mmm...

Miro cada espacio del lugar como si allí estuvieran las respuestas. No creo haber tenido que describirme en treinta segundos. Por supuesto, nunca había invitado a un extraño a tomar café. Así que hoy hay muchas novedades para mí.

—¿Quieres que lo haga primero?

Expulso todo el aire que estaba conteniendo y asiento.

—Está bien, aquí va —se frota las manos—. Ethan Sanders. Soy de Riverside, California.

—¿California? —Lo interrumpo.

No lo habría adivinado nunca.

Él me mira severamente, pero en sus ojos brilla el humor. Al menos eso creo.

—Se supone que en un discurso en el elevador no hay interrupciones.

—Vaya. Lo siento. Continúa.

—Está bien, entonces Ethan Sanders, de Riverside, California. Tengo veintisiete años y vengo de una de esas familias mezcladas muy al estilo californiano. Seis hermanos y dos grupos de padres. Tengo mi propia firma de consultoría de TI, que acaba de comenzar a despegar y es la razón por la que estoy de viaje este fin de semana. Por diversión, me gustan los cómics y a veces juego en mi patineta de crio. A ver, ¿qué más? Ah, sí. No me gusta mucho hablar sobre política o religión, aunque tengo opiniones muy establecidas en ambos temas. Si un hombre me pregunta cuál es mi película favorita diría que *Star Wars*, y me gusta. Pero... —se acerca más y murmura—: acá entre nos, mi favorita es *Chicas pesadas*.

—¿Chicas pesadas? ¿En serio? ¿Con Lindsay Lohan? Oh, lo siento —digo dándome cuenta de que lo interrumpí de nuevo. Por supuesto, cómo no podría haberlo hecho. ¡¿Chicas malas?!—

—Sí —dice con una media sonrisa—. Chicas pensadas. No lo admito a menudo, deberías sentirte privilegiada.

—Si yo fuera tú no lo admitiría en absoluto —le digo.

Él se ríe, fuerte y con ganas.

—Eres graciosa. —Me sonrojo de nuevo. Cielos—. Ok, ahora te toca a ti.

Hace un gesto hacia mí con la mano, indicándome que puedo empezar.

—Está bien. —Siento un escalofrío—. Soy Allie Parker, en realidad Allison... pero solo mi madre me llama así... cuando está enojada conmigo. Tengo veinticuatro y tengo una hermana y dos padres. Estoy trabajando temporalmente en una fábrica de papel donde mi padre es el gerente de planta, mientras busco un trabajo que realmente me guste. —Se ríe de eso—. Y no sé... me gusta mucho leer.

Se me acaban las palabras. Oh, por Dios, mi presentación ha sido la más aburrida del mundo.

Y ¿cómo no? He llevado la vida más patética y aburrida que se pueda imaginar. Ni siquiera pude agregar a mi lista algo interesante como haber estado en lo más alto del Empire State Building.

—Olvidaste decir dónde vives —agregas.

—Ya te dije dónde vivo. Tres horas al norte de aquí.

—Sí, pero nunca dijiste en qué ciudad.

—Glandwood. ¿Lo has escuchado antes?

—No.

—Es por eso que no digo el nombre de mi ciudad. Nadie ha escuchado de ella nunca.

Él estudia mi cara. Esos ojos tienen un efecto de lo más extraño en mí.

—Está bien, así que ahora que nos conocemos mejor, ¿qué piensas de mi plan? —pregunta.

—No sé —digo una vez más—. Quiero decir, ¿cómo podemos saber que va funcionar?

—No lo sabemos. Se trata de correr riesgos y esperara ver qué pasa.

Otra vez eso de arriesgarse. A Rachel probablemente le gustaría Ethan, ya que parecen tener la misma línea de pensamiento, especialmente cuando se trata de mí. Por supuesto, Rachel tuvo años para conocer mi neurosis.

—Vamos, Allie. Te aseguro que no te arrepentirás.

Lo pienso un momento. Cierro los ojos, respiro profundamente y digo:

—Bueno, confiaré en que no seas un asesino en serie.

Ethan se ríe y yo le respondo de la misma forma.

Vaya, ahora sí que estoy saliendo de mi zona de confort... Probablemente no pueda agregar «pasar el día con un completo extraño» a mi lista, pero un avance es un avance. ¡Incluso si es un paso de bebé!

Primero tengo que concentrarme en esto y si sale bien tal vez el próximo paso sea el puenting. Ok, ni yo me la creo. Pero quién sabe. Al menos estoy arriesgándome. Eso tiene que contar para algo, joder.

Por otra parte, a quién voy a engañar, me gusta Ethan. A pesar de no conocerlo realmente. Hay algo sobre él que me parece interesante, no solo su buen aspecto, que ya te digo que está como para comérselo en dos bocados.

Además, si acaso fuera un psicópata cargo una lata de gas pimienta en mi bolso.

—Genial. —Se frota las manos nuevamente—. Solo dame un minuto para organizarme.

Saca su móvil y comienza a trastear con él, mientras tanto yo termino con mi pastelillo y el café.

—Está bien, creo que lo tengo —dice después de unos diez minutos.

Siendo honesta en todo ese transcurso estuve como cien veces a punto de huir, pensé en excusarme para ir al baño y no volver nunca más. Pero no pude hacerlo. Algo me mantiene aquí con él. Ya les digo que estoy como una cabra... Pero vamos a hacer como que es el interés por lo que Ethan ha planeado. Sí, eso es. Definitivamente, todo esto es la curiosidad y

ya. No es ninguna noción estúpida película romántica o algo por el estilo.

Él se levanta y yo hago lo mismo. Pero en lugar de salir de la cafetería como pensé que haríamos, él toma la silla en la que estaba sentado hace un instante y con un movimiento rápido se pone de pie sobre ella. Entonces me tiende una mano para que yo haga lo mismo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, mirando como toda la gente tiene sus ojos puestos sobre él.

—Hay que empezar poco a poco.

—Ethan, no me da miedo subirme a una silla.

—Pruébalo —dice, sin soltar mi mano.

—Esto es ridículo.

—Vamos, estamos perdiendo tiempo.

Pongo los ojos en blanco. Él me ayuda a subir. Estamos de pie uno junto al otro sobre una silla en mitad de una cafetería de Nueva York. Supongo que no hace falta que diga que estoy muerta de la vergüenza.

—¿Cómo se siente? —pregunta, soltando mi mano y observando la cafetería.

—Se siente como si estuviéramos haciendo el ridículo.

—¿Pero no tienes miedo?

—No, ni siquiera un poco. Pero es porque sé que si me caigo probablemente no muera. Dudo que incluso rompa algo.

—Buen punto —agrega, saltando de su silla y dándome una mano para ayudarme a bajar—. Has pasado la primera prueba de altura con gran éxito. ¿Por qué me miras así?

Dios mío, esa sonrisa.

—Creo que estás más chalado que yo.

Sonrió también.

—Lo dudo —bromea.

—De acuerdo, mira —dice Ethan mientras nos detenemos.

Debería sentirme rara parada en este hermoso puente de Central Park con Ethan y la luz del sol brillando a través de los árboles y en el agua. Pero no es así. Se siente extrañamente bien estar a su lado en un lugar tan bonito.

Parece un día perfecto y lo dice quien comenzó el día con un ataque de pánico frente a un montón de gente en uno de los lugares más emblemáticos de la ciudad. Sea lo que sea, me siento segura y feliz. Lo cual no es totalmente normal, tal vez debería examinarme la cabeza de verdad e ir a un psicólogo como lo hacen las personas que sí son normales.

—Mira —dice señalando el agua.

Nos acercamos al borde y miro hacia abajo.

—¿Cómo te sientes?

Se mueve para pararse a mi lado, su rostro se vuelve hacia mí. Está tan cerca que puedo sentir su aliento en mi cuello. Eso es muchísimo más desconcertante que ponerme de pie al borde de un puente de adoquines.

Me aclaro la garganta.

—Más o menos. Estamos a unos dos metros de altura. Veamos, la altura no me molesta tanto como el agua allí abajo. Quiero decir, si me caigo sobreviviré a eso... Pero ¿qué tipo de gérmenes viven ahí?

—¡Oh demonios! —suelta una carcajada—. ¿También eres misofóbica?

—¡No! —chillo rápidamente—. No soy eso. Es solo que esa agua se ve asquerosa... como la mansión de los gérmenes y bacterias...

—Exacto, eso te convierte en misofóbica.

—No, yo simplemente no... —Suspiro y dejo caer los hombros—. Vale. Quizá sí lo sea... un poquito.

Siento mi rostro arder.

—Vamos Chica Fobia. —Pone su mano en la parte baja de mi espalda mientras me guía—. Tenemos más cosas el itinerario.

Mientras caminamos me siento... bien.

Relajada, disfrutando de hermoso día.

Pensándolo bien hace mucho que no caminaba por Central Park,

observando su magia, inhalando el aroma a hierba recién cortada que está por todas partes y observando cómo las personas se refugian aquí buscando algo de naturaleza en medio de la ciudad.

Le echo un vistazo a Ethan y se me escapa una sonrisa al ver su cara. Jamás había estado aquí con alguien que no fuera de la ciudad. Me encanta ver cómo sus ojos se iluminan cuando lo asimila todo. Los frondosos árboles y la hierba verde, los hermosos bancos del parque que se alinean a cada lado del camino...

—Cuéntame sobre Glandwood —dice pillándome observándolo.

—No hay mucho que contar —respondo encogiéndome de hombros—. Es una ciudad pequeña. Solía ser un pueblo molinero, pero ahora es un lugar olvidado y aburrido. Está de camino de Albany, al pie del lago George. De hecho, no crecí allí. Hasta los trece años viví en Corinto, que es una ciudad aún más pequeña. En realidad, apenas es una ciudad.

—¿Por qué te mudaste?

Porque mi hermana estaba enferma. Porque el hospital estaba en Glandwood y era mejor vivir más cerca. Era lo más fácil a medida que empeoraba. Fue todo por Rachel.

—Ahí es donde está la fábrica de papel. Fue más fácil para mi padre. Mmm... Así que California —digo al fin, desviando el tema.

—Si. Nací y me crié ahí.

—No lo habría adivinado.

—¿De verdad? ¿Por qué? —pregunta, un poco ofendido.

—¿No son la mayoría de los californianos rubios y de ojos azules? ¿Acaso no hablan como surfista?

—¿Así como los neoyorquinos tienen cabello y ojos oscuros y hablan como El Padrino?

—Exacto —digo entre risas.

Mi cabello en verdad es oscuro, pero mis ojos son azules. Y definitivamente no hablo como alguien de El Padrino. Al menos eso espero.

CAPÍTULO 4

La conversación fluye fácilmente entre nosotros mientras caminamos. Hablamos sobre cómo llegamos a nuestros respectivos trabajos.

Ethan fue a una escuela des tecnologías informáticas y consiguió un trabajo justo después de graduarse de la universidad. Pero no tardó mucho en descubrir que odiaba trabajar para otras personas, por lo que comenzó su propio negocio con la ayuda de su hermanastra.

Ethan tiene una energía contagiosa. Me hace desear ser más como él. Más atrevida, más interesante. Me he vuelto una especie de ermitaña últimamente. Creo que necesito cambiar eso.

—¿Estás lista para la próxima parada? —pregunta mientras salimos del parque.

—Claro —contesto, aunque no sé si fuera del parque la valentía se me venga abajo.

—Vámonos.

—No te habría considerado un amante del arte moderno —digo mientras nos paramos frente a las puertas del Museo de Arte Moderno.

Ha pasado una década desde la última vez que estuve aquí. La última vez fue cuando estaba en la escuela secundaria en un viaje de clase.

Hace una pausa, su mano sobre el mango de la entrada y su ceño fruncido.

—¿Con qué tipo de cosas me relacionaste?

—Mmm —murmuro poniéndome un dedo en la barbilla mientras reflexiono—. ¿Un asesino en serie?

—Solo los martes bromea.

Abre la puerta y una ráfaga de aire acondicionado golpea mi cara.

Solo nos toma unos minutos hacer cola para comprar las entradas (aunque hago una rabieta porque él pagó la mía sin preguntar) y entonces entramos al área de exhibición. Ethan se dirige hacia los elevadores y siento que el pánico me atraviesa. No creo que este edificio sea muy alto; sin embargo, hoy no me gustan mucho los elevadores.

—Tienen escaleras mecánicas —digo, señalándolas.

—Sí, pero este es un viaje corto en elevador. O sea una buena práctica. —Señala con la cabeza hacia las puertas frente a nosotros.

Tomo una bocanada de aire y la expulso medio segundo después, dejando caer los hombros. Además, acá entre nos, hago un pobre intento de hacer pucheros. Dudo que fueran remotamente lindos, pero lo que importaba era Ethan se compadeciera de mí. No lo hace.

—Solamente iremos al quinto piso —explica.

Trago grueso.

—¿Solo el quinto piso?

—Sí, lo prometo.

Me mira con una sonrisa en los labios mientras presiona la flecha hacia arriba del elevador.

Entramos y me abrazo a mí misma porque de pronto siento demasiado frío. Normalmente ni siquiera me preocuparían cinco pisos, pero hoy sí me importa. Quizás tengo desorden de estrés postraumático.

—¿Sabes cómo se dice suegra en ruso? —pregunta mientras el elevador comienza a subir.

—Oh, Dios mío, por favor no más chistes malos — con pido poniendo los ojos en blanco, pero con una pequeña sonrisa en mi rostro. Los chistes están horribles, pero por alguna razón, no están tan mal viniendo de Ethan.

—Te mueres por escuchar uno, lo sé.

—Está bien, ¿cómo se dice suegra en ruso? —le sigo la corriente, mi voz plana, manteniendo la pretensión. Él no tiene por qué saber que me encantan sus chistes.

—Stor Vo.

En su rostro se dibuja una media sonrisa y su ceja izquierda se arquea con engreimiento.

—Vaya, ese fue muy malo —digo, aunque estoy sonriendo.

—No te preocupes, tengo peores.

Ethan tiene una sonrisa espectacular. No solo le llega a los ojos, sino que va hasta el cielo. Debería estar en un anuncio de pasta dental. Venderían millones.

Las puertas del elevador se abren. Mientras salimos la mano de Ethan se dirige hacia la parte baja de mi espalda. Es como si ese gesto me fuera tan familiar, no me molesta en absoluto que lo haga, todo lo contrario.

Un letrero apunta a la exposición, pero Ethan me dirige en una dirección diferente y me detiene cerca de una barandilla que da al atrio de este edificio.

—¿Lista? —pregunta, sin cuestionar mi inteligencia ni siquiera preguntándome si sé cuáles son sus planes.

—Claro —digo mientras doy pequeños pasos hasta el borde.

A medida que nos acercamos, Ethan pone sus manos en mis caderas, manteniendo una pequeña distancia caballerosa entre nosotros.

—Te tengo. No te caerás. Ahora mira.

Sus manos en mis caderas deberían parecerme algo aterrador, deberían... porque no es así. En lugar de eso siento como él intenta darme seguridad.

Qué alguien que apenas conozco pueda hacerme sentir así es más loco que subir al Empire State Building, sinceramente. Al menos lo es para mí.

Miro por encima de la barandilla hacia abajo.

—Está bien, esto sí que es alto —susurro—. Definitivamente moriría si me cayera.

—Pero no te caerás, te tengo.

Todavía está de pie detrás de mí, con sus manos en mis caderas.

—Céntrate en otras cosas en lugar de la altura —agrega, inclinándose para mirar por encima de mi hombro.

De hecho, me resulta difícil concentrarme en otra cosa que no sea él detrás de mí y en el pequeño espacio entre nosotros que se hace más y más pequeño.

—Mmm... Creo que me gusta la forma en que la luz crea sombras alrededor del espacio... El contraste de la luz y la oscuridad alrededor de la habitación es bastante llamativo.

—Bien. ¿Qué otra cosa ves?

Su aliento está en mi cuello otra vez y, ¡oh, cielos!, él huele bien. A jabón y hierba recién cortada. Lo cual tendría sentido ya que estábamos en Central Park no hace mucho tiempo. Con mi suerte, probablemente recogí los olores no tan hermosos de la ciudad. De repente se mueve un poco más y su cercanía me hace sentir bastante cohibida.

—¿Allie?

Me gira un poco para poder ver mi cara, sus manos aún en mis caderas manteniéndome firme.

—Lo siento. —Me siento como una adolescente en este momento. Carraspeo—. No es tan aterrador si dejo de enfocarme en la altura.

—Genial —dice alejándose de mí—. Pasaste otra prueba. ¿Te gustaría ver algo de Van Gogh?

—Me encantaría.

Por favor no te detengas aquí. Por favor no te detengas aquí. Por favor no te detengas aquí.

—Y aquí estamos —dice Ethan mientras nos paramos frente al Rockefeller Center.

Obviamente sabía que nos íbamos a detener aquí, ya que es un lugar totalmente turístico, pero esperaba que fuera después.

—No voy a entrar.

Pongo los pies firmemente sobre la acera, mi postura es clara y de

aquí no me mueve nadie. Bueno, sí, Ethan es bastante más alto y más grande que yo. Pero puedo aguantar una buena pelea si es necesario. Además, siempre está el spray de gas pimienta.

Él niega con la cabeza.

—No iba a hacer que subieras allí —señala a la cima—. Sin embargo, necesito hacer una llamada. Espera un momento.

Se aleja a unos tres metros de mí, dándome la espalda. Lo cual me deja tiempo para mirar su trasero sin que me pueda atrapar haciéndolo. Debo decir que es una buena parte trasera. Mis hormonas vertiginosas se echan unas risillas adolescentes. «Cálmense, señoritas».

—Está bien, muchas gracias. Te debo una —dice antes de terminar su conversación telefónica.

Guarda el teléfono mientras camina hacia mí.

—Entonces, si no vamos a la cima, ¿qué estamos haciendo aquí? —pregunto.

—Es una sorpresa. Tuve que pedir un favor.

Lo miro sospechosamente.

—¿Qué tipo de favor?

—Ya verás.

Cinco minutos más tarde somos guiados por un empleado del edificio, y después de un corto viaje en elevador, que sorprendentemente no fue tan malo, nos quedamos mirando por encima de lo que parece ser un jardín en la azotea.

—Oh, vaya —le digo mientras miro el espacio bellamente cuidado.

Es un jardín en una azotea.

En toda mi vida, nunca he visto uno. Probablemente porque odio los tejados, pero vaya, me he estado perdiendo de algo hermoso. El marcado contraste entre la parte superior del edificio y el verde brillante es casi impresionante.

—Hermoso —dice Ethan mientras da un paso hacia adelante.

Está diseñado con jardineras de piedra, buxus, topiarios y flores

brillantes que forman un pequeño parque. Incluso hay una fuente con una estatua de una rana.

—Nunca he visto algo así —murmuro.

—Yo tampoco. Quiero decir, lo vi en línea cuando estaba planeando mi día, pero en persona es aún más sorprendente.

—¿Por qué somos prácticamente las únicas personas aquí arriba?

Apenas puedo ver a algunas personas conversando en la esquina y por como van vestidos definitivamente no son turistas

—Porque está cerrado al público —dice.

—¿Qué? Entonces ¿cómo nosotros sí pudimos entrar?

—Mi hermana conoce al tipo que nos trajo hasta aquí.

Me quedo boquiabierta.

Él sonrío y se nota que está un poco avergonzado.

—Es bueno tener conexiones —contesto finalmente.

Mis ojos vuelven a repasarlo todo otra vez.

Dios mío, es mágico.

Cierro las manos en un puño y me pellizco, necesito confirmar que todo esto realmente está sucediendo. Joder, podría ser que por fin estalló mi psicosis y estoy aluciendo o algo así.

—Es la única conexión que tengo —dice.

—Bueno pues yo puedo darte un recorrido por una fábrica de papel. Esa es mi única conexión.

—¿Una fábrica de papel? —Se lleva el dedo índice a la barbilla, tratando deliberadamente de parecer pensativo—. Suena fascinante.

—Oh, realmente lo es —digo rezumando sarcasmo—. Te encantará el olor.

—Lo agregaré a mi lista de deseos —dice sin ninguna nota de sarcasmo en su voz.

¿Lo diría en serio?

Con la barbilla apunta hacia un banco, yo sonrío sin saber qué más

hacer y me dirijo hacia allí, él también lo hace, nos sentamos muy juntos.

Los edificios de la ciudad parecen estar tan cerca de nosotros, como si pudiéramos alcanzarlos y tocarlos. Es tan tranquilizante este lugar. supongo que se debe a la soledad, dudo que se sienta así con un montón de gente por allí rondando.

Ethan y yo mantenemos un silencio amistoso, ambos observando nuestro entorno. Está tan cerca, su pierna toca la mía apenas. Trato de no concentrarme mucho en eso para que mis hormonas no se despierten.

Pero, por otra parte, mi mente no hace más que llevarme a ese otro lugar. Allí donde una vocecilla grita:

—¿Quién eres, atrevida, y qué has hecho con Allie?

Cierro los ojos y suspiro, me lleno los pulmones con el aroma a las flores.

—A Rachel le encantaría esto —digo en voz alta, sin pensarlo.

—¿Rachel?

Oh...

Abro los ojos de golpe.

—Mi hermana...

Él asiente y no hace preguntas. Respiro otra vez. Crisis evitada.

—Vamos —dice poniéndose de pie—. Es hora de mirar desde el borde.

Me pongo de pie muy despacio y rehúyo su mirada.

—¿Es estrictamente necesario?

Mis pies se niegan a moverse, a pesar de que su mano en mi espalda intenta guiarme.

No quiero arruinar este lugar mágico mirando desde el estúpido borde y tomar consciencia de que no estamos en nuestro propio oasis, sino más bien a once pisos del suelo.

—Vamos, Allie. Puedes hacerlo.

Suspiro. Ethan quita su mano de mi espalda y entonces agarra mi mano en la suya.

El estómago me da un salto mortal y mis hormonas suspiran al unísono. Su mano se siente suave pero varonil al mismo tiempo. Y bastante grande en comparación con la mía. Me siento femenina...

Ay, Dios...

Dios...

Dios...

Tira suavemente de mí y acepto con poca resistencia. Me lleva al espacio abierto entre dos jardineras de piedra y se para frente a una barandilla de cemento que le llega hasta la cintura.

Mira hacia abajo, nuestras manos aún entrelazadas.

—Echa un vistazo —dice después de mirarme por encima del hombro—. No es tan aterrador.

—Para ti es fácil decirlo. No le tienes miedo a las alturas.

—Ni a los gérmenes —agrega con una media sonrisa.

Y otras muchas cosas, pienso para mí.

Me alegro de que no sepa qué tan rara soy realmente.

Es mejor no dejar que tu bandera de anormal hondee demasiado. Ok, ok, quizá no. Tal vez es mejor ser tú misma desde el principio para que así sepan desde el primer momento en qué se están metiendo. Pero supongo que es demasiado tarde para eso.

Me acerco a la baranda y miro por encima.

Bajo nosotros hay una calle. Ni siquiera puedo descubrir qué calle es. Podría ser la Quinta Avenida, pero nunca he sido buena con las direcciones... derecha, izquierda, norte, sur, nunca entiendo nada de eso.

Veo un montón de personas caminando, entrando y saliendo de las tiendas. Grupos de turistas, parejas tomadas de la mano. Pequeños grupos de personas tomando un café en las aceras.

Si me concentro en eso, no es tan malo.

Sin embargo, si me enfoco en el hecho de que Ethan es un desconocido y podría empujarme ahora mismo, causándome una muerte horrible... Bueno, pues es ahí cuando siento una sensación punzante en la cabeza y mi frecuencia cardíaca aumenta de velocidad.

—Estás a salvo —dice.

Suelta mi mano y la engancha alrededor de mi cintura, atrayéndome hacia él.

Cierro los ojos con fuerza.

Estoy a salvo.

Estoy a salvo.

Lo estoy.

No me voy a caer de aquí.

Será mejor que vuelva a mirar lo que hay allí abajo y concentrarme únicamente en eso en lugar de imaginar mi cuerpo salpicado sobre la calle.

—Mira hacia allá —dice Ethan, señalando hacia abajo, hacia la derecha.

Mis ojos siguen hacia donde señala y veo a unos artistas de la calle bailando con música que apenas puedo escuchar.

—Y allí.

Señala más abajo en la calle y mis ojos siguen su mano hasta que veo a lo que apunta. Una multitud que sale de la Catedral de San Patricio, probablemente después de misa.

Con el brazo de Ethan alrededor de mi cintura, enfocándome en otras cosas, mi corazón se desacelera un poquito.

Nos quedamos en silencio, sin movernos, nuestros cuerpos muy juntos.

Por supuesto, ahora que me concentro en su proximidad, mi corazón comienza a resurgir. Aunque esta vez no es por el terror.

—Entonces, ¿qué piensas? —pregunta en voz baja, girando la cabeza hacia mí.

—Creo que no es tan malo —digo.

Vuelvo mi rostro hacia él, sin darme cuenta de lo cerca que está.

Nuestros ojos se cierran y es como si todo lo que nos rodea —el ajetreo y el bullicio de la calle de abajo— se hubiera detenido.

Lo único que puedo escuchar es nuestro aliento entrelazado y sincronizado. Mi estómago da un pequeño giro y siento como si todo el mundo se callara de pronto.

Él se inclina hacia mí. Apenas un pequeñísimo espacio entre nosotros. Puedo sentir su aliento en mis labios, me acelero por la emoción. El golpeteo de mi corazón silencia las campanas de advertencia de mi cabeza.

Entonces alguien carraspea tras nosotros y ambos damos un respingo. El brazo de Ethan se desengancha de mi costado y sin su agarre me voy en picada y caigo en un seto.

—Se acabó el tiempo —dice el empleado que nos trajo aquí.

Ethan intenta sacarme del arbusto y yo lo miro seria, pero se me escapa una gran carcajada por la absurdidad de la situación.

Por supuesto, fue bastante romántico y todo eso. Pero en serio, ¿qué está pasando con mi cerebro? No beso extraños. Ni siquiera besé a Richie Staley, el chico popular de la secundaria por el que todas moríamos, en una fiesta porque, ya sabes, gérmenes. Y conocía a Richie de toda la vida.

—¿Estás bien? —pregunta él mientras finalmente consigo ponerme de pie.

Trato de sofocar mi risa, pero luego sale como un bufido y nos hace reír otra vez.

El empleado no parece muy contento.

CAPÍTULO 5

—Santa mierda —exclamo cuando llegamos a nuestra siguiente parada.

—Se llama High Line —contesta Ethan, con las manos en las caderas asimilándolo todo—. Un amigo me lo contó.

—Es increíble.

Doy un giro sobre mis pies para tener una vista de trescientos sesenta grados.

Estamos en un parque construido en una antigua línea de ferrocarril, por encima de las concurridas calles de Manhattan. Me concentro en la belleza que nos rodea y trato de no pensar en que si hubiera un terremoto seríamos los primeros en caer (odio mi optimismo).

Estamos al inicio de una pasarela que parece no tener final, con hierba alta y varios parterres a los lados. A nuestra derecha están las vistas del río Hudson. Es realmente sorprendente.

Quiero decir, ¿quién piensa en construir un parque en una vieja línea de ferrocarril? Neoyorquinos, definitivamente.

—Vamos, sentémonos.

No sé si la terapia de Ethan, o lo que sea que esté haciendo, está funcionando, pero la altura en este momento no me molesta demasiado.

Bueno, excepto por mi preocupación inicial respecto al terremoto. Además, realmente no estamos tan arriba, así que quizás eso ayude también.

Ethan no se sienta tan cerca de mí esta vez, a propósito. Como si hubiéramos cruzado una línea en la azotea y no quisiera volver a hacerlo. Por supuesto, soy una chica tonta que se ilusiona con cualquier tontería.

Desvió la mirada y me repito a mí misma que este no es un paseo romántico y que Ethan es un extraño que solo quiere alguien con quien hacer turismo.

—Dime algo que nadie sepa de ti —dice después de unos minutos de total silencio, mirando los autos y taxis que circulan por la carretera debajo de nosotros.

—¿Algo que nadie sepa?

Aparto mis ojos de la calle y lo miro a él, repitiendo su pregunta porque me pilla desprevenida.

—Sí. ¿Qué secretos tiene Allison Parker? —pregunta, volviendo la cabeza hacia mí, con una sonrisa en el rostro.

—¿No sería más fácil si te dijera algo que no sabes? Quiero decir, hay algo que no te conté esta mañana.

—Sí, pero quiero saber algo que nadie más sabe.

—¿Por qué?

—Así podré guardar ese secreto como recuerdo de este día. Cuando recuerde mi día en Nueva York, pensaré en la chica que conocí y en el secreto que me contó y que nadie más conoce.

—Está bien —digo, llena de escepticismo.

—Adelante.

—No sé —digo después de un rato escarbando un secreto en mi cerebro.

Se desliza unos centímetros hacia mi lado para cubrir el espacio que nos separaba y me da un pequeño empujón con el hombro.

Mis hormonas hierven a fuego lento por su proximidad.

—Está bien. —Inclino mi cuerpo ligeramente hacia él—. Mi hermana, Rachel... Ella, mmm... murió hace un año.

—Oh —dice, echando la cabeza hacia atrás rápidamente, la conmoción en su rostro.

Aparto la mirada de él porque odio ver la compasión en los ojos de la gente y esa parece ser la única emoción que los humanos pueden expresar cuando descubren lo de Rachel. Por supuesto, no estoy segura de qué otra

cosa podrían sentir. Pero desearía que no fuera tristeza. No quiero que la gente se sienta triste por mí.

Muerdo el interior de mi mejilla.

—Rachel nació con un defecto cardíaco y vivió mucho más tiempo del que se suponía que debía, pero no fue una gran vida. Muchas estancias en el hospital y visitas de médicos. No podíamos viajar ni hacer cosas familiares normales porque siempre había preocupación por Rachel y su corazón.

Ethan se acerca y toma mi mano, entrelazando sus dedos con los míos. El gesto reconfortante hace que mis ojos se eleven. No me gusta llorar. Ni tampoco hablar en serio. Solo quisiera poder hacer una broma para desaparecer la tensión que se ha generado.

—Continúa —dice en voz baja.

—De todos modos, Rachel no podía hacer mucho. Tenía que tener cuidado con su corazón. Su vida, como te puedes imaginar, no fue muy atrevida. —Busco mi bolso, lo coloco en mi regazo y busco la hoja de papel que hay dentro—. Fue por eso que ella hizo esta lista, antes de que ella falleciera... Son cosas que siempre quiso hacer pero que no pudo. Y me pidió que las hiciera por ella. Nunca le he contado a nadie sobre esto. Ese es mi secreto.

Ethan señala el trozo de papel.

—¿Puedo verlo?

Se lo paso, él suelta mi mano y abre el papel.

—¿De verdad creía que harías puenting?

Me río porque odio la tensión que de pronto ha surgido en nuestra conversación y también porque durante el poco tiempo que Ethan me ha conocido sabe que soy incapaz de hacer esa locura.

—A veces me pregunto si no haría esa lista para fastidiarme —le digo y luego me muerdo el interior de la mejilla—. En realidad, ella era bastante bromista.

—Apuesto a que sí —dice, doblando el papel y entregándomelo.

Lo guardo en mi bolso.

—Así que es por eso que estabas en el Empire State Building.

—Sí. Y también es por eso que me sentí horrible cuando no pude acercarme a mirar la ciudad.

Miro hacia abajo, mis manos están jugueteando nerviosamente en mi regazo.

—Vaya, lo siento —dice, de todo corazón—. Me siento mal...

Me encojo de hombros.

—Sí, la mayoría de la gente lo hace cuando hablo de Rachel.

—No, quiero decir que sí, lo siento por tu hermana, pero me siento mal porque tu secreto fuera tan... profundo.

Levanto la mirada al instante, boquiabierta.

—Pensé que ese era el punto.

—Bueno, tal vez, pero mi secreto es que le digo a todos que soy alérgico al coco, cuando en realidad solo lo odio.

—¿Qué? —Le doy un empujón—. ¿Es en serio? ¿Ese es tu secreto? ¡A quién le importa si te gusta o no el coco!

—Qué te diré...

Me siento incrédula, enojada y totalmente engañada. Pero al mismo tiempo, siento una risita burbujeando dentro de mí. Ethan hace cosas raras. ¡No estoy sola en el mundo!

—Sabes —le digo dándole otro empujón, por si acaso—. Creo que me acabo de convertir en asesina en serie los sábados.

Debo haberlo dicho en voz alta porque de repente hay un montón de pares de ojos sobre nosotros.

—Está bromeando —le dice Ethan a nuestra multitud de curiosos, pero luego se vuelve hacia mí y dice en voz baja—: Estás bromeando, ¿verdad?

—La verdad no sé —contesto, tratando de evitar que una sonrisa estalle en mis labios.

No consigo aguantarme las ganas.

Ethan se ríe cuando me ve sonreír y luego toma mi mano y me pone de pie.

—Vamos —dice—. Aún hay más por ver.

Después de eso, la sensación en el aire es mucho más ligera. Y divertida. Me gusta. Ha pasado tanto tiempo desde que hice algo divertido. Caminamos despacio asimilando todo lo que nos rodea y hablando. Él hace muchas preguntas sobre Rachel y se siente bien hablar de ella, casi catártico.

—Entonces, ¿vas a hacer algo más, aparte de trabajar, en Londres? —pregunto.

La hierba alta que bordea el sendero se mueve suavemente con la brisa de la tarde.

—Tengo que trabajar principalmente, pero planeo tomar uno o dos días para hacer otras cosas.

—¿Turismo?

—Bueno, sí, pero también iré allí para ayudar a una fundación en la que estoy involucrado.

—¿Una fundación? Oh, cuéntame, por favor.

Él se ríe ante mi tono exigente.

—Trabajo con una fundación que suministra audífonos para niños que nacen con pérdida auditiva. Su sede está en Londres.

Giro la cabeza para ver su rostro. Sus ojos miran hacia adelante y se ve pensativo. O tal vez tímido.

—¿Por algún motivo en especial?

—Mi hermano pequeño nació con pérdida de audición. Es algo que me apasiona.

—Entonces —meto mi pelo detrás de las orejas— te gusta ayudar a la gente.

—Bueno —se ríe—, supongo que sí.

—Y yo... mmm ¿soy un caso de caridad?

Se me sale sin siquiera pensarlo, pero apenas me doy cuenta me salta una cara de horror.

—¿Qué? —Gira su cara hacia la mía y sus ojos están llenos de

sorpresa—. No —niega con la cabeza lentamente—. En realidad, quería pasar el día contigo por razones puramente egoístas. La altura solo fue una excusa.

—Ehhh...

Parece que se me ha olvidado hablar. ¿Dónde están todas esas palabras que he aprendido a través de los años? ¡Dónde está mi maldita voz!

—Entonces, ¿estás lista para nuestra próxima parada? —dice cuando llegamos al final del High Line.

—¿Hay más?

Aleluya. ¡Te extrañé, Voz!

Todavía mi corazón se tambalea por su comentario. Miro el horizonte y noto como el paisaje ha cambiado y el cielo comienza a ponerse naranja. Suspiro, este día ha sido una locura, pero todo lo bueno tiene que acabar. No estoy lista para terminar.

—Sí, una parada más —agrega tomando mi mano.

CAPÍTULO 6

—Por supuesto que tu hotel tenía que estar en Times Square.
—Pongo los ojos en blanco—. Turistas —digo en tono burlón.

—Bueno, soy un turista, así que... —Se detiene cuando entramos al elevador del hotel y presiona el botón para el piso cuarenta y ocho.

Piso cuarenta y ocho.

No voy a enloquecer.

No voy a enloquecer.

Mierda, más loca ya no puedo estar.

—Estás enloqueciendo, ¿cierto? —dice, colocándose junto a mí.

Solo estamos nosotros. Me apoyo contra la pared y cierro los ojos, tratando de no pensar en mil un tipo de muertes.

—No, en absoluto —digo lastimosamente.

—¿Cómo le llamas al queso que no es tuyo?

—¿Es en serio?

—Queso Nacho.

Ok.

—Cada vez te superas.

Si tuviera los ojos abiertos los rodaría por completo.

—¿Por qué las focas del circo siempre miran hacia arriba? —Gimo dramáticamente—. Porque arriba están los focos.

—Por favor para —digo.

—¿El elevador o los chistes?

—Ambos.

El elevador emite un ping. Miro hacia arriba y me sorprende al ver que ya hemos llegado. Los chistes horribles definitivamente han cumplido su propósito.

—¿Me acompañas? —pregunta ofreciéndome un brazo.

—Claro.

Envuelvo su brazo con el mío mientras me guía fuera del elevador.

Me lleva a un área tipo salón y pide una mesa junto a la ventana. Retengo una maldición al escuchar eso. Ok, soy adulta, puedo hacer esto como si tal cosa. Quizá.

Estamos sentados junto al ventanal con una hermosa vista de la ciudad. Pero entonces me doy cuenta que de pronto todo cambia. La ciudad se mueve.

—Que caraj...

—Espero que el movimiento no te maree —interrumpe Ethan—. Es un piso giratorio. Veremos toda la ciudad desde aquí.

Empuja la mesa con el dedo.

—No me mareo por el movimiento.

Echo un vistazo. Debería estar totalmente asustada por la altura y la vista, ¡pero nos estamos moviendo!

—Vaya, es todo lo que puedo decir.

—Me alegro de que te guste.

Suena bastante satisfecho de sí mismo.

Ordenamos los aperitivos y las bebidas. La plataforma en la que nos encontramos avanza lentamente, estoy mirando por la ventana, sin querer perderme de nada.

Sé que tenemos cuarenta y ocho pisos debajo y que solamente un vidrio me separa del precipicio, pero por alguna razón nada de eso me importa. Hay algo más, algo bueno, ardiendo en mi interior. Felicidad, valentía, orgullo. ni siquiera lo sé.

—Es increíble —le digo disfrutando del sol poniente que se extiende por el cielo con hermosos tonos rosas y dorados.

Es impresionante.

Pero en el buen sentido.

No en el modo en que empiezan mis crisis.

Llegan nuestras bebidas y mientras bebemos guardamos silencio, únicamente nos dedicamos a observar cada instante hasta que el sol se pierde tras la ciudad y las luces de las farolas y edificios iluminan la oscuridad.

Es el escenario perfecto para terminar este día. Aunque realmente no quiero que termine. Pero las cosas como son.

Cuando hayamos terminado me despediré, le agradeceré y tomaré un taxi a casa.

De repente, me siento triste porque casi ha terminado. Me pregunto si existirá un nuevo día en el que pueda «arriesgarme». Nada de lo que hice hoy estaba en la lista de Rachel, pero es más de lo que habría hecho antes.

Eso me hace pensar que tal vez podría intentar otras cosas. No el puenting, que así de loca no estoy. Pero tal vez algo así como buscar un trabajo fuera de Glandwood... podría mudarme a la ciudad. Podría conseguir un nuevo trabajo aquí, encontrar un departamento...

De repente siento como si todo el mundo se abriera ante mí y lo más loco es que quiero ir a por él.

—¿En qué estás pensando? —pregunta Ethan.

Me vuelvo para encontrar sus ojos chocolate clavados en los míos y me pregunto cuánto tiempo ha estado observándome.

Suspiro.

—Estaba pensando que tal vez podría vivir aquí.

Me giro y miro por la ventana otra vez, mis ojos puestos sobre mi archienemigo. El Empire State. Aunque, debo admitir, que si no fuera por ese edificio ridículamente alto y mis neurosis no estaría sentada aquí con esta maravillosa vista y con Ethan.

—Claro que podrías vivir aquí —dice con confianza—. Deberías hacerlo.

Nuestros aperitivos llegan justo cuando estamos sobre Times Square.

Desde aquí arriba las luces dan la impresión de que el suelo brilla. Bailan y parpadean por todas partes y en todos los colores y formas.

Incluso con el movimiento lento del piso el tiempo parece volar. Antes de darme cuenta el camarero trae nuestra factura justo cuando hemos acabado con la vista de treientos sesenta grados de la ciudad. Ethan ofrece su tarjeta al hombre. Voy a protestar, pero luego me doy cuenta de que he estado protestando todo el día y ni una sola vez me ha hecho caso en nada de lo que he dicho. Él ha ganado todas las batallas.

—Entonces... —dice, mirándome como si estuviera pensando lo mismo que yo, que no quiere que este sea el final.

Por supuesto, debo estar totalmente equivocada. Mis hormonas parecen querer que piense de esa manera.

—Entonces... —repito.

—¿Qué piensas de mi..., bueno, de la terapia de Google?

Tiene una pequeña sonrisa dibujada en los labios. Realmente son unos lindos labios. Me hacen desear que no nos hayan interrumpido en ese jardín de la azotea.

—Creo que puede haber funcionado —digo con un pequeño encogimiento de hombros.

—¿Por qué crees que funcionó?

Su rostro no parece convencido.

—Ethan —pongo mis manos sobre la mesa— estoy a cuarenta y ocho pisos, sentada junto a una ventana y no he sentido ni una pizca de pánico.

Le doy una de mis mejores sonrisas. Que obviamente no es ni la mitad de impresionante que la suya.

—Excepto por el viaje en elevador...

—Excepto por eso —conuerdo.

—Bueno, entonces creo que solo tenemos una parada más.

—No, Ethan —niego con la cabeza—. Has estado genial. De verdad, este día para mí será inolvidable, pero...

—Solo una parada más —dice.

—¿No estás cansado? ¿No necesitas descansar un poco antes de viajar mañana?

No estoy segura de por qué estoy protestando. ¿No estaba deseando que este día no terminara? Acaso no me está ofreciendo más tiempo. «A ver, Allie, decídetes».

—No estoy cansado y ¿quién necesita descansar? Puedo dormir en el avión Vamos. La última parada.

Miro hacia un lado como si estuviera pensándomelo concienzudamente, pero ¿a quién voy a engañar?

—De acuerdo.

Se levanta de la mesa, ofreciéndome una mano para ayudarme.

—Entonces vamos.

CAPÍTULO 7

—Estás bromeando, ¿verdad? —digo mientras nos acercamos al edificio que antes se conocía como el Empire State Building, pero que ahora se conocerá como mi archienemigo.

—Vamos, Allie —dice—. Puedes hacerlo.

—Estoy bastante segura de que no — digo, mirando hacia arriba.

Oh Dios, su terapia no funcionó. En absoluto. La sensación de pánico, mi corazón acelerado, la necesidad de vomitar la comida que acabamos de comer y todo lo demás ha vuelto.

—Puedes —pone su mano sobre mi brazo—. ¿No quieres hacerlo por Rachel?

Por supuesto que quiero hacerlo por Rachel, pero simplemente no creo que pueda. Marcar algo en su estúpida lista fue la razón por la que vine hoy. Envuelvo mis brazos alrededor de mi torso, abrazándome fuertemente y mirando hacia arriba otra vez.

Ethan se acerca más a mí, su rostro serio.

—Puedes hacer esto, lo prometo. Estaré contigo todo el tiempo.

—No lo sé, Ethan.

Su mano va hasta mi barbilla para levantar mi rostro hacia él.

—Solo lo intentaremos una vez más. Si no puedes bajaremos y ya. ¿De acuerdo?

Cierro los ojos, imaginando que tacho esto de la lista de Rachel.

—No —digo sacudiendo la cabeza.

—¿No?

—Ay, Dios... Ok. Sí. Vamos antes de que me arrepienta.

Respiro hondo.

Puedo hacer esto.

Soy fuerte.

Hoy me he demostrado que puedo hacer cosas que antes creía imposibles y maldita sea quiero poder marcar algo en esa jodida lista.

La sonrisa de Ethan alcanza el cielo otra vez.

Toma mi mano y sin decir una palabra entramos al edificio.

Las colas, la compra de boletos y los paseos en elevador son como una experiencia borrosa.

Cuando el segundo elevador llega al piso ciento dos y el encargado abre la puerta, vuelvo a tomar consciencia y siento el terror corroyéndome. Una vez más mis pies se plantan en el suelo, justo a la salida del elevador.

No me puedo mover.

Voy a fallarle a Rachel.

Voy a fallarme a mí misma.

A Ethan.

Otra vez.

—Cierra los ojos —susurra él, tomando mi mano en la suya.

—De ninguna manera —protesto.

—Solo hazlo, yo te guiaré.

Lucho internamente durante unos segundos, pero luego cierro los ojos y después de un rato mi postura se afloja para que Ethan me guíe.

—De acuerdo, puedes abrir los ojos —dice, despacio.

Lentamente abro mis ojos y miro.

Mi corazón revolotea en mi pecho y mi respiración se acelera.

—Dime lo que ves —dice mientras se coloca detrás de mí, poniendo sus manos en mis caderas como lo hacía antes, estabilizándome.

—Veo...—Me aclaro la garganta. Veo que estamos muy lejos del suelo. Pero sé que eso no es lo que está preguntando—. Mmm, veo

luces. Muchas luces.

Me concentro en todas las luces que centellean alrededor de la ciudad como un millón de luciérnagas.

—Bien —dice, acercándose más.

Mi cuerpo automáticamente se reclina contra él y mis hormonas bailan la danza de la creación. Pero la verdad es que no puedo criticarlas, se siente bien apoyarse contra él.

Ha sido como un ancla desde que lo conocí.

—¿Qué más ves?

—Veo... todo.

—¿Todo?

—Quiero decir que es como si pudiera ver el mundo entero desde aquí.

—Allie —dice Ethan en mi oído—. Lo hiciste.

Suspiro, las lágrimas escocен en mis ojos.

Lo hice.

Me doy la vuelta y lo abrazo fuertemente, enterrando mi cabeza en su cuello, sujetándolo tan fuerte como si de ello dependiera mi vida.

—¡Lo hice!

Echo la cabeza hacia atrás para poder ver su rostro. Su sonrisa ha llegado al cielo otra vez.

—Ahora oficialmente puedes tachar algo de la lista.

Toco mi bolso, asintiendo con la cabeza. Rachel estaría tan orgullosa.

Ethan me abraza y me coloca de tal forma que ambos podamos mirar por la ventana otra vez. Recargo mi cabeza en su pecho, sintiendo su calor y comodidad y observo la ciudad debajo de mí.

—Gracias.

—De nada —dice y cierra los ojos al tiempo que estrecha más el abrazo.

El aire entre nosotros cambia. Siento que debo parpadear, pero no quiero romper el hechizo de repente.

—Allie —susurra mi nombre mientras vuelve a abrir los ojos y estos van hacia mi boca.

Su mano se mueve hacia mi cara y me acaricia la mandíbula con el pulgar. Después se inclina, yo me apoyo en él y antes de que un inoportuno pueda interrumpirnos sus labios están en los míos.

Mis hormonas comienzan de inmediato con un coro de aleluya.

Sus labios son suaves y espectaculares al mismo tiempo. Nuestras bocas se funden juntas casi como si estuvieran destinadas a hacer esto. Al igual que nuestros labios se amoldan.

Me acerco aún más y él profundiza el beso. No quiero que esto termine. No quiero que esta noche termine. Solo quiero quedarme aquí en la cima del Empire State Building, disfrutando de la gloria de superar uno de mis mayores temores y besar a Ethan.

Después de un par de minutos él ralentiza el beso y luego se aleja, pero mantiene su cara cerca de la mía.

Mis labios arden.

Sonreímos al mismo tiempo.

—Eso fue... increíble.

—Totalmente —digo interrumpiéndolo, sabiendo exactamente lo que quiere decir.

Me atrae hacia él y vuelvo a apoyar mi cabeza en su pecho, mis ojos regresan a la vista debajo de nosotros.

Él apoya su barbilla en mi cabeza. Juro que podría quedarme aquí para siempre.

Bueno, mis piernas podrían ceder en algún momento y estoy bastante segura de que necesitaría usar el baño de damas en un futuro cercano, pero por ahora voy a fingir que podría hacer esto para siempre.

—No quiero que esto termine —dice en voz alta.

Es como si nuestros pensamientos estuvieran conectados.

—Yo tampoco.

—Tal vez si... —hace una pausa, la incertidumbre resuena en su voz—. ¿Y si este más bien fuera un comienzo?

—Me gustaría eso —susurro, sintiendo que mi pulso comienza a correr a todo galope.

Ethan deja escapar el aire, como si lo hubiera estado reteniendo por mucho tiempo, esperando a que yo respondiera.

Las últimas palabras de Rachel vienen a mi mente.

«Arriésgate... él... tu oportunidad...»

Y me arriesgué.

Miro hacia el cielo, buscando la estrella más brillante y sonrió.

—¿Por qué sonríes? —pregunta Ethan.

Contemplo si decírselo o no, pero creo que lo guardaré para otro día.

Podría ser una coincidencia, después de todo.

Pero algo me dice que no es así.

—Es solo que creo que me encanta haberme arriesgado. Por ti.

Sonríe ampliamente y vuelve a besarme.

Me derribo en sus brazos, sintiéndome liviana, libre y completamente feliz por primera vez en mucho tiempo.

Malditas neurosis del demonio esto sí que es arriesgarse, ¡chúpense esa!

Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)